Capítulo 3: ¿Cuánto Tiempo Llevas Saliendo con Tu Novio?

Así que hagamos un viaje por la memoria, a antes de que esto de salir en el extranjero siquiera existiera. No empecé a viajar al exterior sino más tarde en la vida. Dicho eso, la mayor parte de mi experiencia en citas viene de mi tiempo viviendo en Atlanta, Georgia. Romántico empedernido, caballero sureño, criado con exposición a las mujeres. ¿Se puede pedir un hombre más femenino? Y eso sin contar que soy doble Piscis. No sé lo suficiente de astrología para saber por qué eso importa, pero al parecer importa. O eso me dicen.

De joven no salía con nadie. Me gustaban mucho los videojuegos y dibujar, cosas que consumían buena parte de mi tiempo junto con las actividades normales del colegio. No recuerdo qué edad tenía cuando tuve mi primera novia de verdad, pero fue mucho después de la universidad. Es medio loco pensarlo: las citas en línea no se volvieron algo real para mi generación hasta que yo estaba en mi adolescencia.

Esta es una historia bastante vergonzosa, pero igual la voy a contar. Cuando digo que nunca tuve una novia “de verdad” hasta después de la universidad, lo digo literalmente. Mis “relaciones” anteriores eran virtuales y a distancia. La primera mujer de la que me consideré enamorado es alguien a quien nunca conocí. Solo vi fotos y hablé con ella por teléfono. Estoy seguro de que fue un caso de catfish antes de que el programa siquiera existiera. Recuerdo que intentaba que viniera a conocerme o que al menos hiciéramos videollamadas, sin éxito.

Nos conocimos en la aplicación de citas Plenty of Fish. Creo que fue probablemente la primera que usé. Pasábamos incontables horas intercambiando mensajes. En esa época, literalmente tenía que sentarme frente a un computador de escritorio y mandar mensajes mientras navegaba por internet. Creo que “salimos” uno o dos años. Todos los detalles están extremadamente borrosos ahora, pero esto desde luego no era una situación típica de primer amor.

Por qué lo virtual me funcionaba entonces: yo era un niño nerd, socialmente torpe y gordito. Le caía bien a la gente, pero nunca tuve “juego”, solo una personalidad amable. Mi única exposición a las mujeres en entornos sociales eran las fiestas de la universidad. No era un gran conquistador en bares ni discotecas. Esto me recuerda una historia de esos días.

Yo había ido al colegio con una chica muy hermosa, que estaba muy por encima de mi liga en ese momento. Básicamente, yo consideraba que todo el mundo estaba por encima de mi liga. Terminamos yendo a la misma universidad, cerca de nuestro pueblo. Esta no es una historia de novios del colegio, lamentablemente. Yo estaba muy flechado, pero jamás me habría molestado en invitarla a salir. La veía en el campus, nos sonreíamos y nos saludábamos con la mano. Dudo

que hayamos intercambiado más de diez palabras en todo el tiempo que nos conocimos.

Cada vez que la veía acercarse a nuestro edificio, daba un rodeo enorme para sostenerle la puerta. Una vez, incluso, la vi acercarse al edificio desde lejos y salí a un trote lento de gordito para alcanzar a abrirle la puerta. Ella siempre era muy alegre y amable con la mirada. Al parecer eso era todo lo que necesitaba para mi enamoramiento.

Una noche estaba con unos amigos en un bar universitario muy cutre. Solo tragos baratos, música sosa y un montón de jóvenes universitarios borrachos. No te vas a creer a quién vi esa noche. Era ELLA. Yo estaba emocionado de verla en un entorno social donde, en teoría, podía acercarme, empezar una conversación y luego confesarle mi amor.

Huelga decir que eso no se materializó. Lo que sí se materializó fue la primera de muchas historias graciosas a mi costa. Seguí con mi noche sin siquiera hacer nuestro saludo de siempre. Se fue haciendo bastante tarde. Uno de mis buenos amigos nos estaba comprando muchos tragos, así que esa noche me solté un poco. El valor líquido era lo que iba a hacer falta para hablarle. Cuando me estaba preparando para irme, la encontré en la barra. Sonreí y le pregunté si quería un trago. Aceptó emocionada. Esperamos su bebida y solo intercambiamos cortesías.

Ojalá pudiera recordar qué le dije. Estoy seguro de que no tuvo nada que ver con lo que pasó después. Recibimos los tragos, pagué y volvimos a la pista de baile. Hice mi mejor intento de bailar con ella. Noté que un tipo nos estaba mirando. No dijo nada, pero la expresión de su cara era: “¿Qué hace esta chica con él?”. No era muy sutil, así que ella debió de notarlo. Pero en vez de pensarlo ella misma, empezó a besarme. Me tomó totalmente por sorpresa. Después de un momento, recuperó la compostura y pidió permiso para irse. Miré de nuevo al tipo. Estaba paralizado, con cara de shock. Me encogí de hombros, sonreí y me alejé a contarles a mis amigos lo que había pasado, dejándolo congelado en su sitio.

Avancemos a un momento posterior de mi vida amorosa. Para entonces yo tenía un buen trabajo y estaba en forma, así que ya no era la versión nerd de mí de esa historia. Seguía usando las citas en línea para conseguir el 90% de mis citas. Igual que con mi relación virtual a distancia, se sentía muy parecido. Hablaba con ellas casi todos los días durante semanas o meses antes de que se concretara una cita de verdad. Incluso entonces, en mi experiencia, un hombre que respeta a las mujeres rara vez recibe una señal clara de interés.

De las pocas veces que conocí a una mujer en persona, una destaca. Estaba con mi compañero de apartamento en un “bar” a una distancia que se podía recorrer a pie desde nuestra casa. Íbamos con cierta regularidad porque quedaba cerca. Olvidé mencionar que ese bar era un club de striptease. Tenía un lado masculino y uno femenino, así que no era solo un lugar para hombres tristes y solitarios. Las mujeres también podían disfrutarlo.

Una noche estaba hablando con la mujer que atendía la barra. Empecé una conversación e intercambiamos datos de contacto. Quedamos en una cita para comer sushi. Era algo inusual porque rara vez salgo al mundo real a conocer mujeres. Superemocionado por la cita, fui, y al parecer iba bien. Hablábamos y nos reíamos. Entonces me hizo una pregunta sorprendente. Dijo, y cito textualmente: “¿Cuánto tiempo llevas saliendo con tu novio?”. Pensé que había oído mal. Dije: “¿Perdón?”. Ella dijo: “Sí, el tipo con el que estabas la noche que nos conocimos. Es tu novio, ¿no?”.

No sabía por dónde empezar mi respuesta. Uno, yo estaba muy por encima de la liga de mi compañero de apartamento, la mitad más atractiva de esta hipotética pareja gay. Ojalá él tuviera tanta suerte. Dos, nos conocimos en un club de striptease. Nos conocimos en el lado femenino. Yo ciertamente estaba pagando nuestra comida. Mientras estas preguntas me daban vueltas en la cabeza, lo único que logré sacar fue una sonrisa incómoda y un “Mmm, no”. En realidad escucho el comentario de gay a menudo, y me parece halagador. Supongo que es porque soy atractivo, me visto bien y respeto a las mujeres. Los dos nos reímos y seguimos con la conversación.

Cuando estábamos terminando de cenar, pagué la cuenta, lo cual me parecía una prueba contundente contra su teoría. Aunque, pensándolo bien, en realidad no sé si los hombres gay pagan en las citas con mujeres. Alguien debería investigarlo. En fin, abrimos nuestras galletas de la fortuna. La suya era algo genérico y olvidable. Leí la mía y no pude evitar reírme a carcajadas. Te lo juro, decía: “Deberías explorar tu lado femenino”. Se la mostré incrédulo y nos volvimos a reír.

Sorpresa, sorpresa: esta cita gay no tuvo el resultado deseado. ¿Cómo se puede confundir algo tan dolorosamente obvio? Chico Conoce a Chica, Chico Gusta de Chica, Chico Invita a Chica a Salir. Sé con certeza que nunca tendré ese malentendido específico en Río.